

Se inaugura la Exposición Nacional de Bellas Artes de Barcelona

En nombre del Caudillo presidió el acto el Subsecretario de Educación Nacional

En el certamen se exponen unas setecientas obras

BARCELONA 17.—En nombre de Su Excelencia el Jefe del Estado, el Subsecretario de Educación Nacional, camarádo Rubio, ha inaugurado esta mañana la Exposición Nacional de Bellas Artes de Barcelona, Otoño 1944, en solemne y brillante acto celebrado en el Palacio de Proyecciones de la Exposición de Montjuich, donde se halla instalado el gran Certamen. Asistieron el Gobernador Civil y Jefe Provincial del Movimiento, camarádo Correa; Gobernador Militar de Barcelona, general Coll Fuster, que ostentaba, además, la representación del Capitán General de la cuarta región; Alcalde, don Miguel Mateu; Presidente de la Diputación, señor Argemí; doctor general de la diócesis, doctor Morera, que representaba al prelado; rector de la Universidad y Delegado Provincial de Educación Nacional, señor Gómez del Campillo; presidente de la Audiencia, señor Sánchez Cafete; comandante de Marina, secretario perpetuo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, don José Francés; comisario del Patrimonio Artístico Nacional para la zona de Levante, camarádo Monreal, y los demás miembros de la Comisión asesora y del Jurado calificador de la Exposición, Consejeros Nacionales, Procuradores en Cortes, miembros del Cuerpo consular acreditado en Barcelona y otras personalidades.

El Subsecretario de Educación Nacional presidió el acto en el recinto de la Exposición de Montjuich, ante el Palacio de Proyecciones, por autoridades y jerarquías que, seguidamente, le acompañaron hasta el estrado presidencial.

La comitiva iba precedida por la Guardia Municipal con uniforme de gala. El salón de actos del Palacio de Proyecciones ofrecía magnífico aspecto, adornado con tapices y reposteros, y totalmente ocupado por numerosa concurrencia. Inició la sesión inaugural el subsecretario del Ayuntamiento de Barcelona, que dió lectura al acuerdo de la Corporación por el que fue aprobada la iniciativa de organizar esta Exposición.

DISCURSO DEL ALCALDE

Seguidamente el Alcalde de Barcelona pronunció un discurso, en el que dijo que el presente Certamen significa el espíritu de continuidad en las tareas artísticas del Ayuntamiento de Barcelona, espíritu que ha tenido su alto exponente en las Exposiciones de Bellas Artes celebradas periódicamente en esta ciudad. Añadió que el Certamen que se iba a inaugurar reflejaba un momento culminante de realizaciones positivas dentro de las actividades culturales del Ayuntamiento, y se hallaba íntimamente ligado con la instalación del Museo de Arte Moderno en el palacio del parque de la Ciudadela para la inauguración que celebrará en breve. «La Corporación municipal—agregó—, al acometer y prestar su incansable atención a estas actividades, evidencia claramente que tiene interés en demostrar que no sólo le preocupan los problemas de orden material, sino las gracias a las autoridades por su asistencia, y especialmente a la del Sr. Subsecretario de Educación Nacional».

El Sr. Subsecretario de Educación Nacional, camarádo Rubio, después de declarar inaugurada la Exposición Nacional de Bellas Artes en nombre del Caudillo, dijo:

«Existen tres razones por las cuales el Japón no podrá ser derrotado rápidamente—ha declarado el subsecretario de la Marina—. En primer lugar—dijo—, la Flota nipona sigue siendo una amenaza; en segundo, su aviación aumenta constantemente, y en tercero, su Ejército es más fuerte que nunca. Japón construye aviones a un ritmo más elevado que el de las destrucciones aliadas, tiene cuatro millones de soldados y otros cuatro millones a punto de ser movilizados. Por último, dijo el comentarista que el Japón estaba convencido de que aun era tiempo de conseguir un empate.

Los norteamericanos continúan estrechando el cerco japonés en Iloilo. La artillería produce grandes estragos en el asilo que aun está abierto, y que es el único lugar nipón para su abastecimiento. La calma que ha reinado estos días en la zona de Iloilo y Ormoc se ha deshecho como «la calma que precede a las tormentas», según un corresponsal de la Prensa norteamericana.

Desde Kandy se anuncia que las tropas chinas que operan al norte de Bhamo avanzaron en dirección suroeste hasta el río Irauadim, cortando con ello la última ruta de retirada japonesa hacia el Sur.

LOS ALIADOS ELIMINAN LOS REDUCTOS NIPONES DE BRAS

CUARTEL GENERAL DEL GENERAL MAC ARTHUR 17.—La formación norteamericana que desembarcó en la isla Pegun, del grupo de las Maplas, ha terminado de ocuparla, según se anuncia oficialmente. Los norteamericanos eliminan también los últimos núcleos de resistencia japonesa en la isla Bras.

Pegun es la mayor de las islas Maplas, situadas a 145 millas al norte de la punta septentrional de Nueva Guinea. La isla Bras está situada a unas cuantas millas de la extremidad noroeste de Sumatra, en las Indias orientales holandesas. (Efe.)

ISHAN, EN PODER DE LOS JAPONESES

NUEVA DELHI 17.—El portavoz militar de Chundin anunció que la ciudad amurallada de Ishan, a unos 58 kilómetros al oeste de Lucknow, en la provincia de Kwangsi, cayó en la tarde del jueves en poder de los japoneses. (Efe.)

LA CARRETERA DE ORMOZ, BLOQUEADA

TACLOBAN 17.—El comunicado del Cuartel General del general Mac Arthur en Filipinas dice que unidades de la 24 división norteamericana han bloqueado la carretera de Ormoz seis kilómetros al sur de la bahía de Carigara, en la isla de Leyte, con lo que ha quedado completada la doble maniobra envolvente contra los restos de un regimiento japonés. (Efe.)

TRABAJADOR!

Los Prestamos Nupciales fueron creados por voluntad del Caudillo para que por dificultades económicas no demerara la constitución de una nueva familia. Informada de los requisitos para su concesión en las Delegaciones de Subsidios Familiares.

MONJARDIN
El bar americano preferido por todo Madrid, sobre de nuevo
HOY SABADO
Entrada por Chinchilla, 9

“El Ejército japonés es más fuerte que nunca”, dice Patterson

Los aliados terminan la ocupación de Pegun, en las Marianas

Ishan, en poder de los japoneses

«Existen tres razones por las cuales el Japón no podrá ser derrotado rápidamente—ha declarado el subsecretario de la Marina—. En primer lugar—dijo—, la Flota nipona sigue siendo una amenaza; en segundo, su aviación aumenta constantemente, y en tercero, su Ejército es más fuerte que nunca. Japón construye aviones a un ritmo más elevado que el de las destrucciones aliadas, tiene cuatro millones de soldados y otros cuatro millones a punto de ser movilizados. Por último, dijo el comentarista que el Japón estaba convencido de que aun era tiempo de conseguir un empate.

Los norteamericanos continúan estrechando el cerco japonés en Iloilo. La artillería produce grandes estragos en el asilo que aun está abierto, y que es el único lugar nipón para su abastecimiento. La calma que ha reinado estos días en la zona de Iloilo y Ormoc se ha deshecho como «la calma que precede a las tormentas», según un corresponsal de la Prensa norteamericana.

Desde Kandy se anuncia que las tropas chinas que operan al norte de Bhamo avanzaron en dirección suroeste hasta el río Irauadim, cortando con ello la última ruta de retirada japonesa hacia el Sur.

LOS ALIADOS ELIMINAN LOS REDUCTOS NIPONES DE BRAS

CUARTEL GENERAL DEL GENERAL MAC ARTHUR 17.—La formación norteamericana que desembarcó en la isla Pegun, del grupo de las Maplas, ha terminado de ocuparla, según se anuncia oficialmente. Los norteamericanos eliminan también los últimos núcleos de resistencia japonesa en la isla Bras.

Pegun es la mayor de las islas Maplas, situadas a 145 millas al norte de la punta septentrional de Nueva Guinea. La isla Bras está situada a unas cuantas millas de la extremidad noroeste de Sumatra, en las Indias orientales holandesas. (Efe.)

ISHAN, EN PODER DE LOS JAPONESES

NUEVA DELHI 17.—El portavoz militar de Chundin anunció que la ciudad amurallada de Ishan, a unos 58 kilómetros al oeste de Lucknow, en la provincia de Kwangsi, cayó en la tarde del jueves en poder de los japoneses. (Efe.)

LA CARRETERA DE ORMOZ, BLOQUEADA

TACLOBAN 17.—El comunicado del Cuartel General del general Mac Arthur en Filipinas dice que unidades de la 24 división norteamericana han bloqueado la carretera de Ormoz seis kilómetros al sur de la bahía de Carigara, en la isla de Leyte, con lo que ha quedado completada la doble maniobra envolvente contra los restos de un regimiento japonés. (Efe.)

TRABAJADOR!

Los Prestamos Nupciales fueron creados por voluntad del Caudillo para que por dificultades económicas no demerara la constitución de una nueva familia. Informada de los requisitos para su concesión en las Delegaciones de Subsidios Familiares.

La D. N. B. asegura que Timochenko dirige un movimiento antisoviético en Rusia

(Viene de primera página)

ocupación de la parte de Polonia designada a la U. R. S. S., y luego, con los generales Grigory, Kuznetsov y Boris Schlapsnikov, dirigiendo la desastrosa campaña de Finlandia.

Alguien ha dicho que Timochenko es el general del verano; pero que le falta el juego de las grandes unidades en la época de los hielos y de las nieves. Pequeños detalles que apenas aclaran el gran misterio de tantas cosas del mundo soviético. La noticia lanzada por la D. N. B., merece, cuando menos, un toque de atención frente a la figura de este robusto «condottiero» de la marca comunista.

LOS CIUDADANOS RUSOS RESIDENTES EN FRANCIA SE RAN REPATRIADOS

LONDRES 17.—Todos los ciudadanos rusos que se encuentran en Francia serán repatriados lo antes posible. El Gobierno soviético había protestado por el internamiento de antiguos miembros del Ejército soviético en campos de concentración con los alemanes. Ha quedado establecido que serán repatriados incluso los que llevaron armas bajo el mando alemán. (Efe.)

En un artículo sobre España publicado en el «Daily Mirror» se dice que existen ocho mil presos en una sola de las naves de lujo de la Exposición de Barcelona.

Nos permitimos temer la posibilidad de que se trate de un solo preso por cada ocho mil naves de lujo.

Extractamos del «Daily Mail»: El doctor Mariano Rubio, ex diputado de Barcelona y uno de los exilados moderados que trabajan contra Franco, a través del Congreso de Toulouse, está controlando estrictamente el control de los comunistas. ¿Ven ustedes? Cuando los exilados son moderados da gusto.

Ronald Matthews, enviado desde París a Londres a informar sobre los rojos españoles de México, en la que dice que es altamente significativo el interés que el Gobierno francés presta a la guerra porque ha facilitado ya a dos de sus representantes los pasaportes para penetrar en Francia, con la única condición de que no se dirijan a París.

Nos parece mucho más significativa la dirección prohibida.

Un militar rojo español que ha tomado parte en el «maquis» ha declarado que tras la victoria España debe decidir lo que quiere. «Si quiere una República—dice textualmente—habrá República; si quiere una Monarquía, habrá Monarquía».

Bueno, pues, como usted quiera.

DOS INTERIORES

Por José María DE COSSIO

No es la intimidad del gabinete y de las prendas indumentarias de una mujer tema característico de nuestra literatura, aunque quise si de la francesa. Pero ya que se ha tratado entre nosotros por dos poetas distantes en el tiempo y distintos en la sensibilidad, quiero aproximar sus versiones por si de la comparación pueden deducirse enseñanzas más generales.

Estos poetas son Tirso de Molina y Meléndez Valdés. Por muy distintas causas y con muy distinta intención uno y otro van a caer en el gabinete de una hermosa. No importa la ocasión; pero le diré que si algún mal pensamiento juzga torcidamente del fraile, no es el quien entra en tan íntimo recinto, sino una criatura suya a quien—porque ha querido—llama don Baltasar en su comedia «Desde Toledo a Madrid». Huyendo de la justicia, por haber dado muerte a un hombre en un duelo, gana por un tejado la entrada en una casa y llega, sin prevenirlo, al cuarto y gabinete de una dama que acaba de abandonarse.

Una cama de tablá está descompuesta aquí... Poco ha que sola quedó, porque entre su ropa adormecida del muerto que el alma desamparó, conserva el calor vital en muestras de lo que fue...

Don Juan Meléndez Valdés penetra en el recatado camarín por su cuenta y riesgo y aun a sabiendas de la impresión que ha de causar, en la que nunca podrían entrar recuerdos de muertos.

Este es de amor un templo: do quier torno la vista, ni gratas muestras hallo del númer que lo habita.

Peró uno y otro, don Baltasar y don Juan, son curiosos y no se conforman con menos que con revolver, y mirar, y considerar hasta el último rincón de la estancia. Don Baltasar advierte: sillitas bajas, contadores, bufetillos de marfil y ébano, agua feminal, arquillas, aguas de colores en pomos (si ya no son Jordanes, cuyas virtudes efímeras juveniles venden a la ostentación) publican su dueño...

Lo que don Juan descubre es así: Aquel luciente espejo y el tocador, do unidas con el placer las Gracias se esmeran en servir: y do esmaltada de oro la porcelana rica, del lujo preparados, perfumes mil le brinda: coronando su adorno dos flecos tortolitas, que entreabiertos los picos se besan y acarician.

Sin que supiéramos los nombres y los tiempos de los dos autores hubiera sido inconfundible la atmósfera de ambas estancias. Frente a la austeridad de los muebles, bufetillos, contadores, arquillas, la gracia rócócó de un tocador, coronando su espejo dos tortolitas besándose. Duda don Baltasar si los liquis de los pomos serán Jordanes de juveniles pasadas, con lo que de nuevo inyecta en su visita una alusión a la caducidad de la belleza, mientras don Juan no alimenta semejante duda ni menos reflexiones semejantes, y se recrea con los perfumes preparados por el

lujo. Si; las aguas de colores, claras y fragantes, se han convertido a la francesa en perfumes; y esa interferencia francesa es la causa del cambio de atmósfera.

Peró aún han de llegar a descubrimientos más secretos. El buen don Baltasar escudriña aborrito tamaños intimidades:

Sobre este bufete están ropa y basquiña... Apenas el oro en flores permite lugar de velas... Encima la cabecera... hay medias y zapaticas, en cuyo ámbra y rosetas pudieran gastar poetas dos resmas de redondillas... Las ligas, aunque dobladas, muestran la curiosidad de su limpia ociosidad, guarnecidas y encarnadas.

Algo equivalente descubre don Juan. Vedmoslo:

Allí plumas y flores, el prendido y la cinta que del cabello y frente vistosa en torno gira; y el velo que los rayos con que sus ojos brillan, doblándola la gracia, emboza y debilita.

Del cuello allí las perlas, y allá el corsé se mira, y en él de su albo seno la huella peregrina.

Ninguna de las intimidades que descubre hace tomar a don Baltasar mal sinistreso. Las medias y zapaticas le sugieren un recuerdo irónico de los poetas fríos, y el tamaño de ellas un delicioso comentario:

traiga este melindre al pecho quien lo calza, y no en calzas que el frío le haga peregrino.

Los descubrimientos de don Juan son más extraordinarios: cintas, velo, flores, plumas, perlas. Lo más externo y aparatoso frente a lo más recatado e íntimo. Y cuando algo recatado descubre, surge la observación sensual, blanda, voluptuosa, de calidad no española, como el nombre que designa la prenda:

allá el corsé se mira, y en él de su albo seno la huella peregrina.

No es preciso más paralelos. He aquí dos estilos frente a frente. La austeridad, hipocrita si se quiere, del siglo XVII español, y la cremosa mollicie sensual, acuso tan hipocrita como nuestra austeridad, del siglo XVIII francés. A don Baltasar le inspira respeto

que ve a don Juan la prenda interior, aun conformada por la curva del seno, le hace prompuir:

«¡Bastada, amantes labios! ¡Bastada, Mas tendida la gasa que lo cubre, mis ojos allí fija.

Dos actitudes frente a frente. El galán sobrecoigido de respeto ante el adorno de la estancia y la policía de aquellas prendas íntimas, y el galán desahogado por la ociosidad del corsé conformado por el pecho, de una mujer.

Siglo XVII español: siglo XVIII francés en España. No importa la sinceridad de las actitudes. El hombre ante la mujer siempre es el mismo. Son dos estilos, cuanto más forzados más expresivos, de reaccionar ante las cosas. A lo uno se llama «lo hidalgo»; a lo otro, «lo gentil».

Esta noche, a las doce, deberán haber entregado sus armas los guerrilleros belgas

La intervención del general aliado Erskine ha evitado la guerra civil

Francia sigue con ansiedad la crisis belga

En Francia se sigue con cierta ansiedad el desarrollo de la crisis belga, pues se teme que pueda haber repercusiones. La situación en Bélgica es muy tensa. El partido comunista ha ordenado a sus miembros que se lancen a la calle el domingo y el Gobierno ha confirmado que no piensa dimitir. Los guerrilleros tendrán que haber terminado la entrega de armas esta noche, a las doce; pero entre ellos hay resistencia a efectuar la entrega. El ministro de la Resistencia dimitió dice que la crisis es imputable exclusivamente al ministro de Defensa Nacional, que tomó la decisión de suspender la reunión del Movimiento de Resistencia sin consultar al Gobierno. Además, por parte de los miembros de la Resistencia se acusa al Gobierno de no proceder con energía contra los colaboradores.

Unos 40.000 individuos armados y no controlados por las autoridades existen en la nación. Sin la intervención del general Erskine se cree que hubiera estallado ya la guerra civil, aunque se cree que de todas maneras la crisis gubernamental no se resolverá fácilmente. En caso de producirse disturbios, la Administración civil de Bélgica sería asumida por el general Eisenhower.

DISCURSO DE PIERLOT

BRUSELAS 17.—En un discurso radiofónico, el primer ministro, Hubert Pierlot, ha dicho que el Gobierno ha dado pruebas concretas de la alta opinión que le merece el Movimiento de Resistencia, pero que a partir del próximo domingo, 19 de noviembre, los portadores de armas bélicas o defensivas incurrirán en el castigo de la ley, y que esta medida está tomada de pleno acuerdo con el Mando Interaliado. Pierlot calificó de «mentira» el rumor de que la «quinta columna» explota al Gobierno. «La verdad es que existen en el país grupos políticos que reclaman para sí el monopolio del mérito del Movimiento de Resistencia y del patriotismo y quieren explotarlo con fines políticos—dijo Pierlot—. Esas gentes intentan apoyarse en sus formaciones armadas para ejercer un chantaje sobre la autoridad legítima y la

La intervención del general aliado Erskine ha evitado la guerra civil.

Francia sigue con ansiedad la crisis belga.

En Francia se sigue con cierta ansiedad el desarrollo de la crisis belga, pues se teme que pueda haber repercusiones. La situación en Bélgica es muy tensa. El partido comunista ha ordenado a sus miembros que se lancen a la calle el domingo y el Gobierno ha confirmado que no piensa dimitir. Los guerrilleros tendrán que haber terminado la entrega de armas esta noche, a las doce; pero entre ellos hay resistencia a efectuar la entrega. El ministro de la Resistencia dimitió dice que la crisis es imputable exclusivamente al ministro de Defensa Nacional, que tomó la decisión de suspender la reunión del Movimiento de Resistencia sin consultar al Gobierno. Además, por parte de los miembros de la Resistencia se acusa al Gobierno de no proceder con energía contra los colaboradores.

Unos 40.000 individuos armados y no controlados por las autoridades existen en la nación. Sin la intervención del general Erskine se cree que hubiera estallado ya la guerra civil, aunque se cree que de todas maneras la crisis gubernamental no se resolverá fácilmente. En caso de producirse disturbios, la Administración civil de Bélgica sería asumida por el general Eisenhower.

DISCURSO DE PIERLOT

BRUSELAS 17.—En un discurso radiofónico, el primer ministro, Hubert Pierlot, ha dicho que el Gobierno ha dado pruebas concretas de la alta opinión que le merece el Movimiento de Resistencia, pero que a partir del próximo domingo, 19 de noviembre, los portadores de armas bélicas o defensivas incurrirán en el castigo de la ley, y que esta medida está tomada de pleno acuerdo con el Mando Interaliado. Pierlot calificó de «mentira» el rumor de que la «quinta columna» explota al Gobierno. «La verdad es que existen en el país grupos políticos que reclaman para sí el monopolio del mérito del Movimiento de Resistencia y del patriotismo y quieren explotarlo con fines políticos—dijo Pierlot—. Esas gentes intentan apoyarse en sus formaciones armadas para ejercer un chantaje sobre la autoridad legítima y la

Hoy, conferencia en la Escuela de Periodismo

Hablará el Gobernador General de Guinea

El excelentísimo señor don Juan Bonelli, Gobernador General de Guinea, dará hoy sábado una conferencia a los alumnos de la Escuela, en el domicilio de la misma, Zurbano, 51.

El tema de la misma versará sobre «Guinea, visión sobre un trozo español del África ecuatorial».

Solemnnes honras fúnebres por José Antonio en toda España

(Viene de primera página)

torches—hasta la salida de Madrid a los camaradas de la Vieja Guardia, portadores de la gran corona de laurel que habrá de ser llevada a hombros hasta El Escorial durante el transcurso de la noche.

Por ello, todos los falangistas, a excepción de la Vieja Guardia, se hallarán concentrados, a las diez en punto de la noche, en la avenida del Generalísimo (antes Castellana) en una correcta formación de diez en fondo, cuya cabeza se hallará situada en la línea de la plaza de Colón.

ORDEN DE LA FORMACION

La formación será por el siguiente orden:

- 1.º Ex Combatientes.
- 2.º Centuria de Honor de la Jefatura Provincial.
- 3.º Distritos de Madrid.
- 4.º S. E. U.
- 5.º Frente de Juventudes.

Simultáneamente, y a la misma hora, en la plaza de la Villa de París, y en su centro, se concentrarán, con cabeza en la Jefatura Provincial, las siguientes unidades, por el orden que se determina:

- 1.º Escuadra de gastadores de la Vieja Guardia.
- 2.º Bandas de tambores y trompetas del Frente de Juventudes y Colegio de San Fernando.
- 3.º Centuria de representación de la Vieja Guardia.
- 4.º La Vieja Guardia se encontrará en la calle de Orellana, con cabeza en la columna de Grillevé.
- 5.º A las once en punto de la noche, saldrá de la Jefatura Provincial la gran corona de laurel, conducida sobre andas por camaradas de la Vieja Guardia y custodiada por el Jefe Provincial del Movimiento, acompañado de todas las jerarquías provinciales y de los distritos.
- 6.º El cortejo que partirá de la Jefatura Provincial se constituirá de la siguiente manera:

1.º Escuadra de gastadores de la Vieja Guardia.

2.º Centuria de representación de la Vieja Guardia.

3.º Banda de tambores y trompetas del Frente de Juventudes.

4.º Portadores de la corona.

5.º Dos escuadras de la Vieja Guardia, con bengalas, a los lados de las andas.

6.º Jefe Provincial, a quien acompañará el enlace de su Centuria y cornetín de órdenes.

7.º A una prudencial distancia, las jerarquías.

8.º Formación general de la Vieja Guardia.

Este cortejo bajará por las calles de Génova a la plaza de Colón, donde, inmediatamente después, y a su final, se unirá el resto de las fuerzas formadas en la Castellana, portadores de antorchas.

El itinerario a recorrer será: Recoletos, Círculo, Alcalá, avenida de José Antonio, plaza de España, calle de la Princesa y Ciudad Universitaria.

LA CORONA SERA LLEVADA A PIE HASTA EL ESCORIAL POR LA VIEJA GUARDIA

A la llegada de la cabeza de la comitiva a la Ciudad Universitaria quedará un lado los portadores de la corona, y el Jefe Provincial y las jerarquías ocuparán su puesto en la tribuna destinada al efecto para presenciar el desfile de las fuerzas que tendrá lugar una vez efectuado el primer relevo.

Después de ser desfilé ante el Jefe Provincial del Movimiento, el cortejo dará la vuelta a la plaza de Ciudad Universitaria y continuará hasta la plaza de la Mochuela, donde se dislocará.

Como en años anteriores, la corona será llevada a pie hasta El Escorial en relevos sucesivos de camaradas de la Vieja Guardia, haciendo su entrada en el Monasterio a las once en punto de la mañana.

El día 20 y también como en años anteriores, se celebrará solemne honras fúnebres en la basílica del Monasterio de El Escorial, a las que asistirán las más altas jerarquías del Estado y del Movimiento, así como el Cuerpo diplomático.

MISA EN EL QUE FUE DESPACHO DEL FUNDADOR

El mismo día, y en el que fue despacho del Fundador, en la Iglesia de San Antonio de la Puerta de España (Cuesta de Santo Domingo, número 3), y en la capilla allí instalada por la Vicesecretaría de Educación Popular, se celebrará, por el eterno descanso del alma del fundador, una misa de requiem, a las nueve de la mañana, y un rosario, a las siete de la tarde, al que han sido invitadas las altas jerarquías del Estado y del Movimiento.

INSTRUCTORES DEL FRENTE DE JUVENTUDES DE SANTANDER EN EL ESCORIAL

EL ESCORIAL 17.—Como resultado de un cursillo de Juventudes de la Sección Femenina, celebrados en Santander, llegaron a esta península las camaradas que tomaron parte en el curso, y se alojaron en el Hotel de la Península, a las órdenes de la Delegada Provincial de la Sección Femenina y profesoras.

Acompañadas de la Delegada Local y de la Sección de Servicio Local y de la Sección de Servicio Local, se trasladaron a la basílica, ante la tribuna del Fundador, para depositar las cinco cruces simbólicas. En el patio de la basílica la Delegada Provincial, y las Secciones de la Sección Femenina, la Palange a las que se les entregó el «Cruz a la Sección» y se dieron los gritos de guerra, y se dieron los gritos de guerra, y se dieron los gritos de guerra.

FUNERAL ORGANIZADO POR LA DIPUTACION PROVINCIAL

El funeralizado por la Diputación Provincial de Madrid se celebrará el próximo lunes día 20, a las diez de la mañana, en el atrio de la basílica, ante la tribuna del Fundador, a las órdenes de la Delegada Provincial, y las Secciones de la Sección Femenina, la Palange a las que se les entregó el «Cruz a la Sección» y se dieron los gritos de guerra, y se dieron los gritos de guerra, y se dieron los gritos de guerra.

LAS FALANGES JUVENILES DE TODA ESPAÑA PARTIRAN EN LOS ACTOS DE ALICANTE

ALICANTE 17.—El aniversario de la muerte de José Antonio será conmemorado en esta capital en un acto que tendrá lugar el día 20 de noviembre, a las diez de la mañana, en el atrio de la basílica, ante la tribuna del Fundador, a las órdenes de la Delegada Provincial, y las Secciones de la Sección Femenina, la Palange a las que se les entregó el «Cruz a la Sección» y se dieron los gritos de guerra, y se dieron los gritos de guerra, y se dieron los gritos de guerra.

Sucesos políticos en Budapest

Publicamos hoy una de las primeras fotos llegadas a España con motivo de los disturbios ocurridos en Hungría, con motivo del intento de Horthy de llegar a un acuerdo con los aliados.—Un grupo de los «Crucos de Flechas» recorre las calles de la capital para imponer el orden (Foto Transatlántica-Orbis).

ANIS LAS CADENAS
De finísimo paladar

En un artículo sobre España publicado en el «Daily Mirror» se dice que existen ocho mil presos en una sola de las naves de lujo de la Exposición de Barcelona.

Nos permitimos temer la posibilidad de que se trate de un solo preso por cada ocho mil naves de lujo.

Extractamos del «Daily Mail»: El doctor Mariano Rubio, ex diputado de Barcelona y uno de los exilados moderados que trabajan contra Franco, a través del Congreso de Toulouse, está controlando estrictamente el control de los comunistas. ¿Ven ustedes? Cuando los exilados son moderados da gusto.

Ronald Matthews, enviado desde París a Londres a informar sobre los rojos españoles de México, en la que dice que es altamente significativo el interés que el Gobierno francés presta a la guerra porque ha facilitado ya a dos de sus representantes los pasaportes para penetrar en Francia, con la única condición de que no se dirijan a París.

Nos parece mucho más significativa la dirección prohibida.

Un militar rojo español que ha tomado parte en el «maquis» ha declarado que tras la victoria España debe decidir lo que quiere. «Si quiere una República—dice textualmente—habrá República; si quiere una Monarquía, habrá Monarquía».

Bueno, pues, como usted quiera.

NO ME DIGA

En un artículo sobre España publicado en el «Daily Mirror» se dice que existen ocho mil presos en una sola de las naves de lujo de la Exposición de Barcelona.

Nos permitimos temer la posibilidad de que se trate de un solo preso por cada ocho mil naves de lujo.

Extractamos del «Daily Mail»: El doctor Mariano Rubio, ex diputado de Barcelona y uno de los exilados moderados que trabajan contra Franco, a través del Congreso de Toulouse, está controlando estrictamente el control de los comunistas. ¿Ven ustedes? Cuando los exilados son moderados da gusto.

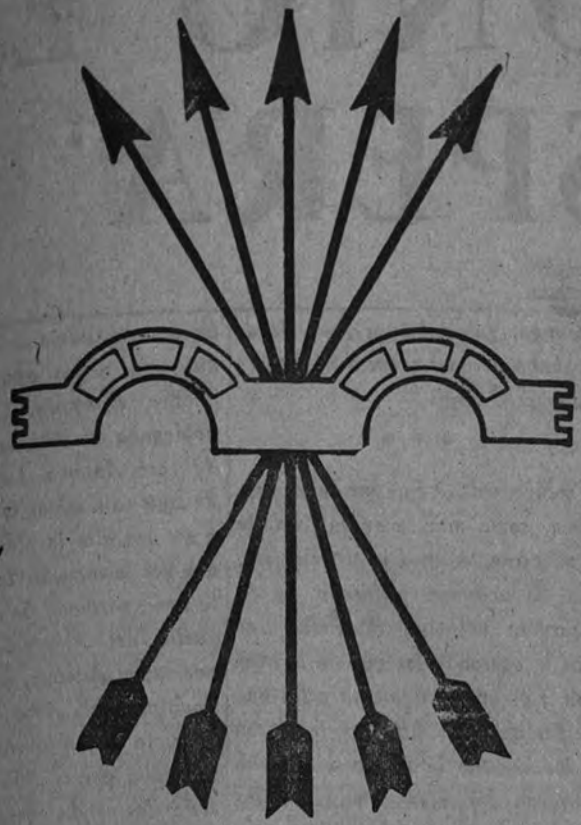
Ronald Matthews, enviado desde París a Londres a informar sobre los rojos españoles de México, en la que dice que es altamente significativo el interés que el Gobierno francés presta a la guerra porque ha facilitado ya a dos de sus representantes los pasaportes para penetrar en Francia, con la única condición de que no se dirijan a París.

Nos parece mucho más significativa la dirección prohibida.

Un militar rojo español que ha tomado parte en el «maquis» ha declarado que tras la victoria España debe decidir lo que quiere. «Si quiere una República—dice textualmente—habrá República; si quiere una Monarquía, habrá Monarquía».

Bueno, pues, como usted quiera.

EXPOSICION ALONSO ROCHA
El 22 de junio, de 7 a 9, inauguración de la exposición de pinturas de Alonso Rocha, en el «TARDOR» Av. José Antonio, 17.



Arriba

ORGANO DE FALANGE ESPAÑOLA TRADICIONALISTA Y DE LAS J. O. N. S. DIARIO DE LA MAÑANA

OCTAVO ANIVERSARIO

IMPERATIVO DE CONCORDIA

AQUELLOS momentos de la Historia de España se cubrieron con ambición de obra definitiva. Por nuestra parte no hubo lugar reservado para aquello que no fuera de necesidad, aunque en sí constituyera algo lícito. De esta manera podemos resucitar hoy páginas y expresiones, ejemplos y actitudes de validez eterna, a las que un tiempo todavía escasa aureola ya con pátina de cosa inmemorial y venerable. Nuestro patrimonio cuenta con legiones de muertos. Y el fuego de la primera inspiración se ha trasladado de unos a otros por en medio de un concurso azaroso de excepcionales circunstancias. La virtud por excelencia de la Falange será siempre su sabiduría de la muerte, enmendada por la valoración cristiana de la vida.

Emplazado ante la hora de su muerte, José Antonio había de legar a los españoles aquella exhortación inolvidable: "¡Ojalá fuera la mía la última sangre española que se vertiera en discordias civiles! ¡Ojalá encontrara ya en paz el pueblo español, tan rico en buenas calidades entrañables, la Patria, el Pan y la Justicia!" El más vehemente deseo de una existencia próspera, inmolada en aras de la comunidad, está siendo ante nuestros ojos un beneficio acordado por la Providencia. El sacrificio de los caídos aflora en España la luz de una convivencia nueva. El voto de los que quedamos, ante la memoria de aquel legado siempre presente, es el de que la guerra civil máxima, por la que nuestro pueblo se cauterizó a sí mismo, será para muchas generaciones la última guerra civil en un tiempo de Patria, de Pan y de Justicia.

De un modo solemne, también en aquella coyuntura memorable, José Antonio cristalizó la expresión de su angustia por la incomprensión y por las prevenciones que se habían desatado en torno a la doctrina falangista.

He ahí otra constante de nuestro caminar, que es aplicable al índice de la actualidad inmediata. Hoy como ayer: confirmándonos acaso en la persuasión de que continuamos en el mismo plano de acción despegada de lo estrictamente efímero. De nuestra historia parece concluirse, si de hecho nos rodea la cerrazón como una servidumbre, que la trayectoria se anuncia muy costosa y muy difícil, por más que el éxito esté destinado a un merecimiento verdadero. El mal es ya suficientemente antiguo para que, habiéndose repetido en las condiciones más contradictorias, nos asalte el pensamiento de que es irreparable. Pero nadie podrá negarnos que decimos nuestra verdad y, siempre que resulta posible, en el lenguaje supremo de los hechos. El que tenga oídos, por tanto, que oiga; y el que tenga ojos, que vea. Porque tampoco es hacedero un apearse de la altura, que significara desvirtuar o empobrecer las esencias, de las que realmente extraemos nuestra eficacia.

Cada aniversario de la muerte de José Antonio, en la entraña de su patética recordación, nos trae necesariamente el examen de nuestra propia conducta. Este de 1944 nos encuentra, por aquella razón de que nos movemos en constante presencia de su espíritu, a enorme distancia del paisaje español de entonces. El mundo ha cambiado bajo los efectos de una lluvia de fuego y de reñcores. Más ha cambiado, sin embargo, España, para la que la dialéctica de 1936 se ha invalidado de tal manera que habría mucho que destruir para retrotraernos al proceso aquel de anarquía, de injusticia y de subversión. Si hay alguno para el pecho angustiado de los falangistas, este es el mayor consuelo de su altísima vocación patriótica: cuando la fecha del 20 de noviembre le rescueta el episodio de la muerte de José Antonio. Sigue cubierto el frente de la liberación, de la unificación y del engrandecimiento de la Patria. La marcha continúa.

Y si en brazos del mismo movimiento de ánimo nos preguntamos dónde estamos, cuál es nuestra situación y cuáles las garantías de nuestra esperanza, no hemos de vernos, a buen seguro, en grave aprieto para contestar. Nuestros enemigos han de contar, si quieren actuar en un terreno de mínima congruencia, con la resolución nuestra de abrirnos camino y de servir a la poderosa llamada que hemos sentido como generación o como generaciones de preocupación nacional, con decisión auténticamente definitiva. Se acabaron los milagros y las salidas disparatadas de nuestro país, cuando en manos de la incertidumbre y de una hondísima crisis moral, de bandazo en bandazo, estuvo a punto de perder la consideración a la que su abielego reclamaba. Nos encontramos en plenitud de conciencia sobre la fluyente realidad política, sin que ni los imponderables, ni las contingencias posibles nos sorprendan en una esfera de candidez inadecuada. Mas como quiera que la realidad política la integramos también nosotros, estudiamos sin interrupción, ni confiados ni apesados a la tierra, la esgrima de los medios

(Continúa en cuarta página.)



Una lección de su recuerdo

Por José María ALFARO

NO es fácil escribir con el corazón en la mano. Y así es como yo tendría que hacerle en esta ocasión. Cada día que pasa, cada año que transcurre, mientras el juego del tiempo va desdibujando perfiles, mi recuerdo de José Antonio se hace más nítido, más cristalino, más emocionante por la misma precisión de su contorno. Quizás entiendo ahora mejor todo el fondo de su personalidad deslumbrante, cuando puedo contemplar —¡ay, con cuánta desgracia!— el trazo completo de su rápida y luminosa trayectoria. Pero no es esta hora de lágrimas, aunque las lágrimas estallen en los ojos.

Ocho años han pasado desde que unas balas infames se lo llevaron para siempre. En estos ocho años, España, a la que él soñó y fustigó, a la que quiso someter a orden y número y devolver a su esencial y universal razón histórica, se ha debatido entre tragedias y esperanzas, sangre y cielo abierto, anhelos y victorias. Sobre esta España nuestra, la sombra de José Antonio

ha sido en muchas ocasiones una bandera y una orden, una explicación y un rumbo. ¡Cuántas veces, entre la ardua dificultad del enconado combate, la vacilante fe de algunos se ha vuelto hacia su sombra para asir un fleco de aquella su grave, serena y reconcentrada esperanza! Pero, acaso, de todos los homenajes que sus amigos y seguidores pudiéramos rendirle, seguramente éste sería por él el menos estimado. Porque José Antonio, alma en la que la nobleza granaba en tantas circunstancias en melancolía, era todo menos un nostálgico. Y al nostálgico—espíritu evasivo y trémulo—posiblemente le hubiera respondido con los versos de Machado: «...hacedme un duelo de labores y esperanzas».

Hoy que tanto se debate—como siempre, a lo largo de la Historia—la batallona cuestión de si el mando de los hombres ha de recaer en pragmáticos o en ideólogos, el recuerdo de José Antonio trae, con la limpidez de sus actos desnudos, una respuesta española y contundente. José Antonio, como hombre de fe acendrada,

creía en las pocas cosas fundamentales de un cristiano viejo, de un europeo angustiado, de un español cabal, y al servicio de ellas ponía su coraje y su ímpetu, su inteligencia y su sangre, sin perderse en lances sutilezas, en barroquismos dialécticos y en infundados distinguos. Si algo pudiéramos decir, que al primer golpe de vista definiera la política profunda y rápida de nuestro capitán-Fundador, es la contundente dureza y la réplica fulminante que caracterizó la fuerza de sus actos. Sobre una cuadrícula precisa, parecía tener inscritos los hechos fundamentales que la arrebatada precipitación de las horas del mundo podía desencadenar, y con la misma precisión reaccionaba su respuesta una vez producidos. Pero no vaya a pensarse por esto que era exclusivamente un intelectual; muy al contrario, el cuadro de sus reacciones se cerraba frente al horizonte de los actos desvirtuados. Su entera humanidad era una medida permanente para la conjugación política de las realidades colectivas.

(Continúa en segunda página.)

VALIDEZ DE UN PENSAMIENTO

Por Xavier DE ECHARRI

HACE cinco años que José Antonio estuvo por última vez entre sus camaradas, caminando a través de los campos de España, levantando a su paso el ánimo y el corazón de las gentes, poniendo en pie el limpio fervor de los pueblos. Caminó José Antonio «a hombros de la Falanga», desde Alicante a El Escorial, en diez jornadas de un invierno abierto al borde mismo de la victoria, con su alto sol del mediodía y sus estrellas de escarcha en la noche silenciosa de la Mancha; por Quintanar, La Mota, Co'ral de Almaguer...

Hace cinco años, que es corto tiempo para la Historia. Pero el tiempo histórico se mide más por el latido de los acontecimientos que encierra que por el sucederse de los días en que este acontecer se produce. Y de 1939 a 1944 la Historia del Universo, y en ella la de España, ha sido dilatada y profunda. Tiempo de dolor y de angustia, tiempo de guerra en el que los valores morales han sido puestos a prueba, abocados a una de las crisis más graves de la historia contemporánea. En la perspectiva de estos cinco años, la figura impar de José Antonio aparece ante nosotros más segura y más firme que nunca, más asombrosamente singularizada en el panorama del pensamiento político. Justamente porque las ideas, las doctrinas y las posiciones ante las que él tomó actitud determinada han sido arrastradas en la polémica de las armas a una prueba definitiva sin apelación posible, su propio pensamiento político, es decir, las tesis esenciales de su doctrina, han sido evidenciadas con más rigurosa certidumbre. A lo largo de estos años sangrientos han sonado millares de voces para defender las razones más dispares. Del totalitarismo riguroso y cerrado a la democracia liberal, los Estados, los partidos y los hombres más representativos han proclamado ideas absolutamente irreconciliables y hostiles. El tiempo, abriendo paso a la difícil realidad de cada día, ha venido después a plantear tales problemas a la atención de los Gobiernos y de los pueblos que necesariamente los encastillamientos demasiado empecinados y las intenciones excesivamente herméticas ha ido cediendo insensiblemente en la entraña de su contenido, aunque una rigurosa impasibilidad dialéctica se encargue cada día de aparentar la obstinación. Es decir—y éste es un fenómeno de todas las guerras donde se enfrentan mundos ideológicos dispares—que hoy cada beligerante sabe a ciencia cierta, y tiene clara conciencia de ello, aunque evite cuidadosamente todo signo exterior, qué parte del bagaje inicial de ideas con que acudió a la guerra tiene—ante el mundo futuro de la paz—validez suficiente y qué otra es lastre irremediable que habrá que lanzar por la borda de la manera más discreta posible.

Sería una tarea excesiva, y es posible que hasta no demasiado prudente, la de intentar aquí una disección minuciosa de los factores ideológicos que han sido utilizados para apoyar en cada caso la acción de las armas, y la de indagar el por qué no siempre estas explicaciones han tenido la congruencia que era de desear. Pero si queremos, en cambio, mencionar la evidente realidad de que en esta hora existe una zona de coincidencia para las ideas generales del mundo. Esta zona podríamos definirla más o menos con esta enunciación: Necesidad absoluta de compaginar la libertad del hombre con la existencia de un orden político y social que permita al Estado enfrentarse con las horas tremendas de la postguerra. Que el hombre sea libre en el Estado, pero que sirva honradamente la causa de su grandeza. Que tenga unos derechos, sí; pero que sepa obedecer a unos deberes. Son demasiadas las hogueras que crepitan sobre Europa iluminando el aire con resplandores rojos, para que no pesen sobre el ánimo de todas las personas honradas graves preocupaciones.

Las palabras que hoy caracterizan las oraciones políticas de los gobernantes son éstas: disciplina, servicio a la Patria, deber, autoridad, orden. Y también estas otras: un sistema social, una nueva justicia distributiva, una protección orgánica de las clases peor dotadas. Y estas otras además, todavía más importantes: crisis del liberalismo tal y como estaba planteado al iniciarse la guerra, y debilidad de los sistemas actuales ante la amenaza gigantesca del comunismo. Yo no digo que los liberales dejen de serlo ni que los totalitarios tampoco. Digo que la guerra ha abierto los ojos del mundo y ha instalado en muchas cabezas un realismo en la apreciación de los fenómenos políticos de nuestro tiempo, que puede dar resultados imprevisibles y de gran alcance. Y digo, y a esto vamos, que esta actitud de síntesis entre la libertad del hombre y la conservación de los valores morales de los pueblos, es justa.

(Continúa en cuarta página.)

PRESENCIA DE JOSE ANTONIO EN EL COMBATE Y EN LA ESPERA

HOY tengo la absoluta necesidad de escribir a un camarada. Podría escribir a muchos. Pongamos, por no exagerar, que a unos cuantos. Pero como el corazón no es un fichero, sin necesidad de revolver la memoria mecanizada me encuentro con que la carta va dirigida a ti, camarada casi desconocido, camarada de un doloroso momento o de un alegre instante. Camarada que ahora vienes hasta mí para que desahogue esta necesidad epistolar.

Me acuso de nostalgia, camarada, y por este pecado solamente a él le pido perdón. Solamente a José Antonio. Nuestro tiempo no da cuartel a ningún sentimiento que adormezca el sentido de la acción, y, sin embargo, cada año, en este día, es preciso confesar a las claras la tristeza imborrable que llevamos en el alma. Somos una generación condenada, por la muerte de nuestro Capitán, a enterrar el júbilo. Podemos coger el triunfo con las manos y atarlo a nuestro destino y domarlo como a un potro salvaje, y siempre tropezaremos con ese pensamiento que nos aguijonea constantemente: ¿Qué diría él? ¿Qué haría él? ¿Qué palabras nos enviaría él? Nos mataron la sonrisa y andamos por el mundo en una orfandad decidida y vengativa. ¿Recuerdas? "Los nuestros no cayeron por odio, sino por amor." Y a pesar de ello, cada año, en este día, se remueven los posos del odio en el corazón, aun sabiendo que la mejor venganza de su muerte, que la derrota más completa de los que le asesinaron está precisamente en llenarles alma y cuerpo con el ejemplo que él nos legó: con sus palabras luminosas, que aun nos mueven y aun levantan—frente al mundo hostil—banderas de esperanza.

¿Recuerdas? ¿Eras tú el que estaba junto a mi aquella tardecita roja de Somosierra? Sí, debías de ser tú: llevabas la camisa azul, ya con un leve color desteñido por el polvo de la carretera de Burgo de Osma, por el solazo valentín de fin de julio o comienzos de agosto, por el roce con la tierra dura, con la festiva inclemencia de aquella guerra que queríamos voluntariamente por España. Eras tú, con tu camisa azul, tus dieciocho años, tu pinta desgarbada, tus cartucheras dando las boqueadas y tu barba incipiente y roja, mezcla de barba de pirata adolescente y de barba de San Francisco del Greco. Solamente tú me tú amabas los pájaros fritos y llamabas a tus hermanos camaradas. Se caía una tarde de guerra con el primer avión abatido, y un piloto contrario, flamenco él, arrojaba periódicos sobre nuestras elementales posiciones. Nos defendía la roca, la pura naturaleza. Todavía no habíamos inventado al ingeniero. Todos los días organizábamos nuestra vida a base de los periódicos rojos, y aquel día brotó el júbilo, como la llama primera de la primera hoguera nocturna, con la noticia de un periodiquillo provinciano, humilde: "José Antonio, al frente de una columna de falangistas, marcha sobre Madrid desde Alicante." Saltábamos encima de los parapetos que hacían miles de años hizo Dios pensando ya en nosotros. Alguna bala escocida, adivinando el contenido, nos zumbaba en los oídos. Veíamos a José Antonio en cabeza, entonando el rabioso "Cara al Sol" del cine Europa, el "Cara al Sol" del 2 de febrero, ordenando las guerrillas, cercando Madrid con ese difícil amor que nos lanzó al combate. Lo veíamos triunfador, pisando las calles de la capital en son de guerra, ordenando la paz, y nos mordíamos las manos de impaciencia porque él iba a tomar

Madrid antes que nosotros y nosotros no llegaríamos a verlo.

Por los pueblos navarros, por la tierra encendida de la Rioja, por la Castilla inmensa habíamos gritado "¡Viva José Antonio!", y mirábamos con desprecio a los que no entendían el grito. Alguno les explicaba quién era José Antonio, y entonces, las pobres gentes se sumaban al clamor falangista diciendo: "¡Ah, Primo de Rivera!". Aquella tarde de Somosierra no hubo necesidad de sortear las guardias, porque todos nosotros nos quedamos en una vigilia permanente y voluntaria. Necesitábamos hablar de él, recordar sus hazañas, sus palabras, sus gestos inolvidables; necesitábamos llenarnos de José Antonio, y que él nos perdonase si transformamos la guardia en armas en una cordial tertulia que, desde Alicante, o ya en el camino de Madrid, al frente de sus Centurias, él mismo presidía. Fue una tertulia singular, cruzada de contrasentidos y de disparos que despedazaban la noche. Estábamos alegres, y horas antes habíamos dado última tierra a un camarada. Pero sabíamos que el muerto, desde su reposo infinito, sentía en los huesos nuestra alegría y llevaba hasta Dios aquella conversación interminable y gozosa como una letanía.

¿Recuerdas? Perdóname si uso con demasiada frecuencia esta destestable palabra. Por nada del mundo quisiera ser un coleccionista de recuerdos. Es mejor ser un coleccionista de motivos que fabrican recuerdos. Pero... ¿Recuerdas? Tú estabas a mi lado, y los dos juntos conocimos al humilde falangista que llamó, César por vez primera, a José Antonio. Fue en la aventura del primer diario de la Falange. En la cueva del periódico, que tenía algo de catacumba, algo de bodega y algo de orfeón,

se montaban las planas con un gusto geométrico exquisito. Que jamás las buenas formas estuvieran reñidas con la violencia. Y a las tres de la mañana, la hora de los grandes éxitos o los grandes fracasos, en una de las páginas había una carie feroz por falta de original. Se discutió, todo lo ampliamente que dejaba la prisa, sobre la conveniencia de colocar allí alguno de los numerosos entrefiletos explosivos que dormían, compuestos y sin sitio, sobre una larga mesa de madera. Y fué entonces cuando este camarada escribió sobre una cuartilla: "José Antonio." Y debajo, un triple grito: "César, César, César." Acababa de llegar del frente y olía a frente, y su manta sucia esperaba entre los papeles viejos la ocasión de cubrir su sueño. Se compuso su propuesta, y con un rito sencillo—el del silencio—se encajó en la página. Después caminamos, y nuestra canción no estorbó ni un poco el hermoso roncocar de aquel camarada que dormía entre los papeles de desecho. Al fondo, las bobinas amontonadas, daban a la catacumba un decidido aire de bodega. Era un licor fuerte el que se destilaba en Pamplona, en el cuartel Martínez de Espronceda, en la casa de "Arriba España", primer diario de la Falange. Por la mañana, nadie extrañó el que a José Antonio se le hubiese llamado César. Y tú y yo, camarada, conocemos al falangista anónimo que tuvo la idea. Y tú y yo hemos esperado junto a Fermín Yzuriaga la vuelta de José Antonio. Un tan seguro retorno, que ya estaba diseñada la tribuna desde la que había de hablar a los falangistas navarros.

¿Recuerdas? Un pintor no

ME ACUSO DE NOSTALGIA

Por Rafael GARCIA SERRANO



vendía su retrato de José Antonio esperando a que volviera para regalárselo. Una novela, casi terminada, aguardaba la suprema aprobación de José Antonio. Un resentido, con razón o sin ella, dejaba su resentimiento en el último escondrijo del alma y combatía limpiamente esperando que José Antonio aventase el motivo de su amargura. Si una cosa no se alcanzaba en toda su plenitud, cuando volviese José Antonio se alcanzaría. Si un dolor o una desesperanza o un desaliento socavaban la fe, se sacudían los hombros, divagando: ¡Bah!, cuando vuelva José Antonio...

Todos tenían noticias de él. Todos sabían de una carta que nadie había visto. Las gentes esperaban de él la madurez de la buena nueva. Las gentes hablaban con sus palabras, y en los escaparates de las tiendas estaba su retrato, y en las chabolas del frente de Vizcaya, y en las casas destruidas de Huesca, y en la andariega mochila y en el bolsillo de la camisa azul estaba su retrato. Los que podían exhibir un carnet firmado por José Antonio, lo hacían con el orgullo del que puede mostrar, sobre el pecho, una laureada. Los que no podían, se excusaban diciendo: "Mi carnet quedó en Madrid y lo habrán quemado los rojos." Fué el tiempo en que había falangistas del año veintiocho y escoltas de José Antonio por millares y gentes que tomaban café en "La ballena alegre" por centenares. Se comulgaba en José Antonio, y en su recuerdo, y en su noticia, y en su futuro. Octubre. Exactamente así. Por eso al amanecer, con el silencio oficial, comenzó a izarse la esperanza, y un olvido y un deseo de los que nadie puede hablar con precisión científica, nos trajeron la resurrección del ánimo. José Antonio volvería a nosotros. José Antonio no había sido asesinado. No fué un caso de "sebastianismo", porque nuestro pueblo es demasiado realista para agarrarse a ese género de clavos ardientes. El resultado de un razonamiento frío y lógico. Nadie podía creer aquello, porque el mundo seguía dando vueltas, y porque la tierra no crujió, y porque el sol, como siempre, también había salido aquella mañana.

¿Recuerdas? Ahora sabemos que entonces comenzó la leyenda. Había cruceros misteriosos en torno a la cárcel de José Antonio. O bien, José Antonio estaba herido, pero a salvo. O bien, en una tierra extraña, a veces amiga y a veces

enemiga, guardaban a José Antonio, acababa de caer y nació noviembre junto a Madrid.

¿Recuerdas? Fué un dolor unánime, como más tarde su traslado a Alicante, ya muerto y victorioso, fué el unánime plebiscito de la resurgida voluntad española. Los que le oyeron y los que no le oyeron. Los que le siguieron y los que le persiguieron. Los que le vieron y los que no le vieron y los que cerraron los ojos a su luz; los campesinos, los soldados, los marineros, los jóvenes, los viejos, los combatientes, los estudiantes, las mujeres, los obreros, los burgueses, las muchachas, los aristócratas, las gentes del Norte y las del Sur, las del Este y el Oeste, toda la España conforme y disconforme, toda la España nuestra, la irrenunciable, la amiga y la enemiga, sintió un momento de unidad en la amargura, paso primero hacia la unidad que afanosamente buscábamos por una simple necesidad de existencia y de grandeza. Porque si en España estaba pasando algo, era que volvía el tiempo en que los españoles, recobrada su casta, necesitaban existir con la vieja amplitud a que les daba derecho—a que les da derecho y obligación—su historia y su rabia. Y si entonces no pasaba nada, si ahora que te escribo a ti, camarada, resulta que todo fué vano, que Dios nos maldiga.

¿Recuerdas? En el frente y en la ciudad, en los hospitales y en las aldeas alejadas, cayó como un cielo de silencio, como una losa de estupor, como una gran águila derribada. Fué una noche triste—la segunda noche triste de España—y al releer los pocos periódicos que dieron la noticia, una especie de fe sobrenatural nos sobaba en el corazón que aquello era mentira y que Dios no podía consentirlo.

Luego dice más adelante, cuando el fiscal lee su informe, «un informe difícil»: «Miguel escucha, pero no mira al fiscal; sus ojos están pendientes del rostro de su hermano, en el que escruta ávidamente un gesto alentador o un rastro de derrumbamiento. Pero José Antonio—¡le nombra así, sencillamente!—sigue siendo una esfinge, que sólo se anima cuando le toca el turno de hablar en su defensa y en la de los otros dos procesados. Su informe es rectilíneo y claro. Gestos, voz y palabra se funden en una obra maestra de oratoria forense, que el público escucha con recogimiento, atención y evidentes muestras de interés.»

El artículo terminaba con la sentencia, y entonces escribía Costa: «Y aquí quebró la serenidad de José Antonio Primo de Rivera ante la vista de su hermano Miguel y de su cuñado.»

Su emoción y su patetismo alcanzaron a todos.

Para los falangistas de zona roja este artículo fué una confirmación de la temida noticia; pero aun se abrían los pechos a la esperanza, aun penetraban como vientos de luz en el alma las pláticas mentiras de salvación.

La noticia terminante sólo se hizo verdad, amarga y tremenda verdad, cuando los receptores «clandestinos» recogieron de las emisoras nacionales estas palabras de Raimundo Fernández Cuesta pronunciadas en Valladolid el 18 de julio de 1938:

«Porque, sabedlo bien, José Antonio, nuestro José Antonio, faro en los luceros con su Vieja Guardia, José Antonio se nos fué para siempre.»

Enemiga, guardaban a José Antonio, acababa de caer y nació noviembre junto a Madrid.

¿Recuerdas? Fué un dolor unánime, como más tarde su traslado a Alicante, ya muerto y victorioso, fué el unánime plebiscito de la resurgida voluntad española. Los que le oyeron y los que no le oyeron. Los que le siguieron y los que le persiguieron. Los que le vieron y los que no le vieron y los que cerraron los ojos a su luz; los campesinos, los soldados, los marineros, los jóvenes, los viejos, los combatientes, los estudiantes, las mujeres, los obreros, los burgueses, las muchachas, los aristócratas, las gentes del Norte y las del Sur, las del Este y el Oeste, toda la España conforme y disconforme, toda la España nuestra, la irrenunciable, la amiga y la enemiga, sintió un momento de unidad en la amargura, paso primero hacia la unidad que afanosamente buscábamos por una simple necesidad de existencia y de grandeza. Porque si en España estaba pasando algo, era que volvía el tiempo en que los españoles, recobrada su casta, necesitaban existir con la vieja amplitud a que les daba derecho—a que les da derecho y obligación—su historia y su rabia. Y si entonces no pasaba nada, si ahora que te escribo a ti, camarada, resulta que todo fué vano, que Dios nos maldiga.

¿Recuerdas? En el frente y en la ciudad, en los hospitales y en las aldeas alejadas, cayó como un cielo de silencio, como una losa de estupor, como una gran águila derribada. Fué una noche triste—la segunda noche triste de España—y al releer los pocos periódicos que dieron la noticia, una especie de fe sobrenatural nos sobaba en el corazón que aquello era mentira y que Dios no podía consentirlo.

Luego dice más adelante, cuando el fiscal lee su informe, «un informe difícil»: «Miguel escucha, pero no mira al fiscal; sus ojos están pendientes del rostro de su hermano, en el que escruta ávidamente un gesto alentador o un rastro de derrumbamiento. Pero José Antonio—¡le nombra así, sencillamente!—sigue siendo una esfinge, que sólo se anima cuando le toca el turno de hablar en su defensa y en la de los otros dos procesados. Su informe es rectilíneo y claro. Gestos, voz y palabra se funden en una obra maestra de oratoria forense, que el público escucha con recogimiento, atención y evidentes muestras de interés.»

El artículo terminaba con la sentencia, y entonces escribía Costa: «Y aquí quebró la serenidad de José Antonio Primo de Rivera ante la vista de su hermano Miguel y de su cuñado.»

Su emoción y su patetismo alcanzaron a todos.

Para los falangistas de zona roja este artículo fué una confirmación de la temida noticia; pero aun se abrían los pechos a la esperanza, aun penetraban como vientos de luz en el alma las pláticas mentiras de salvación.

La noticia terminante sólo se hizo verdad, amarga y tremenda verdad, cuando los receptores «clandestinos» recogieron de las emisoras nacionales estas palabras de Raimundo Fernández Cuesta pronunciadas en Valladolid el 18 de julio de 1938:

«Porque, sabedlo bien, José Antonio, nuestro José Antonio, faro en los luceros con su Vieja Guardia, José Antonio se nos fué para siempre.»

nio para el tiempo de la paz. Cada día una nueva noticia alejaba nuestra esperanza. Cada día se doblegaba el desaliento hablando de José Antonio. Los que venían de zona roja sabían la pura verdad, y en dos días la olvidaban, ganados por la increíble temperatura de la zona nacional. Se rezaba por la vuelta del Ausente, se escribían poemas al Ausente, se analizaba la doctrina del Ausente, y, sobre todo, la mejor juventud de España moría por él. "Su figura cubre todas las condiciones del héroe político, y corona de todas ellas, preforma el ideal masculino popular, y muchos niños que nacen se llaman, como él, José Antonio."

Es verdad, y tú y yo hemos asistido a un bautizo semejante. Dos nombres caían sobre la frente de los recién nacidos: José Antonio y María Victoria. La fe en José Antonio y la fe en el triunfo. Las dos grandes fuerzas que ganaron la batalla. Un gigantesco amor unía a los españoles: le amaban, por fin, los que pudiendo entender su mensaje no habían querido hacerlo, y le amaban los que le habían odiado sin conocerlos: unos, porque en las filas nacionales se habían contagiado de la pasión falangista; otros, porque en las filas rojas comenzaban a saber que sólo un hombre capaz de morir como él podía dar la señal que pusiese en marcha a todos los españoles. Porque sólo él era capaz de perdonar y unirnos en el mismo coro.

Era José Antonio el héroe popular, el jefe soñado, la voz que cada cual hubiera querido escuchar, el hombre por el que se puede morir a los veinte años. Desde los romances del Cid hasta los de José Antonio, ningún mito había calado más profundamente en el alma colectiva de España.

Decíamos entonces, ¿lo recuerdas?, igual que decimos ahora. Lo decíamos en las noches de guerra, en los amaneceres de guerra, en los descansos de la guerra, en los hospitales de la guerra: El mejor hombre de España. Y aquella tarde de noviembre, junto al aparato de radio de la sala de oficiales, mientras llovía con torcedura por la lluvia y brillaba el asfalto de la carretera, oímos las palabras definitivas: Ha muerto José Antonio. Y tú y yo, mudos y asombrados, trajimos a la memoria la copia que cantaban los legionarios en Teruel:

«Echale amargura al vino y tristeza a la guitarra: compañero, nos mataron al mejor hombre de España.»

Fué el mejor hombre de España y habló para nosotros. Habló de la Revolución Nacionalindustrial, Habló de la Unidad, la Grandeza y la Libertad. Habló de la Patria, el Pan y la Justicia. Habló de los campos y de las ciudades. De todo esto habló para nosotros. Habló para los que vengan tras nosotros. Habló para los hijos de los que vengan tras nosotros. Habló para los siglos de los siglos de España.

Que su voz, hecha ya aire divino, llegue a nosotros como llegaba entonces: como sangre, como fe, como voluntad, como valor.

Así sea.

Y en este instante en que me acuso de nostalgia, confieso, camarada, que tú también sabes, renovado, el dolor de aquellas horas en que el mundo era una casa tan increíble como la noticia. Camarada, tu nostalgia, y en la memoria de José Antonio, sigamos adelante. En el campo, en las fábricas, en la escuela. En el hogar, a veces escindido. En nuestra intimidad, a veces desorientada por poderosos vientos circunstanciales. Recuerda, camarada, que José Antonio es nuestro más sagrado y tremendo juramento.

La amarga y tremenda verdad

Por Julio FUERTES

DURANTE el fugaz período que José Antonio estuvo entregado a la política, atañe en la fundación de la Falange, en la concepción del porvenir imperial de España, no hubo un solo enemigo capaz de arrojar sobre él la más leve maldicia.

Todo lo más, un cerco de egoísta silencio señalaba su presencia imprevista. A veces, arrastrados por su prestigio, por algo indefinible que se desprendía de su personalidad única, los ataques del enemigo se envolvían en elogios a su talento y hasta a su prestancia física.

En las páginas de algunos diarios marxistas, y firmados por las plumas más revolucionarias, aparecieron comentarios a sus discursos en el Parlamento, reveladores del influjo que ejercía sobre todos.

«¡Esa lástima—venía a decir plañideramente una pitonisa del proletariado—que este hombre no sea nuestro!» Pensaba en el gran negocio que podían hacer sumando a su causa una figura como la de José Antonio. Porque de lo que de verdad se deja arrastrar sin reservas el corazón humano es por la pureza, la honestidad, la honradez, la inteligencia y la bondad, cosas todas que rebosaban torrencialmente de José Antonio.

El certero instinto popular vivió en él todo esto. Más que de su verbo, seco y lírico, entrañable y adusto, persuasivo y, a veces, difícil, asóó de su sola presencia física, emanadora de misteriosos influjos: una fe nueva. Por los pueblos y aldeas en que su voz fué oída, algo quedó palpitando en el ambiente y perduró por encima de la barbarie marxista y por encima de la desolación de la guerra cuando José Antonio llegaba a un lugar campesino, correcto y severo en su vestimenta civil, sólo se le miraba con hostilidad unos segundos—con esa hostilidad de las gentes sencillas a los embaucadores posibles—pero una mirada de sus claros ojos bastaba para amarrar la atención y el respeto, y unas palabras duras, sinceras y angustadas encendían el entusiasmo, y entonces, en aquel momento propicio—diferente a todos—, en vez de ofrecer, exigía. Exigía e incluso amenazaba. «Venid si queráis, bajad si queráis; pero no por mí ni por vosotros, sino por todos los demás, por la salvación y la integridad de la Patria; y esto lo tenéis que hacer aun sabiendo que ni vosotros, ni acaso vuestros hijos, lle-

garéis a recoger el fruto del sacrificio.» Algo de esto se vislumbraba entre las densas tinieblas que envolvían sinistramente la vida de zona roja. A los falangistas podían insultarlos y martirizarlos hasta la muerte, perseguirlos como si fuesen alimañas; pero ante el nombre de su jefe, de José Antonio, la injuria se amortiguaba temerosa. El miliciano que le había escuchado, y mejor aun, el que había tenido referencias de sus palabras y sus hechos, parecía poseído de una extraña superstición. Su mente elemental y confusa atribuía a José Antonio un valor por encima de lo humano. Era patente la sugestión del héroe ahorrado.

Cuando por las sucias calles madrileñas cundió la especie, perversamente esparcida por los comunistas, de que José Antonio se había escapado de la prisión, los milicianos amartillaron, amedrentados, fusiles y pistolas, como si de uno a otro momento temiesen su presencia acudillando a los falangistas, que los aplastarían irremisiblemente. La Prensa roja acusaba constantemente a las autoridades, no con el deseo de que se cumpliera una justicia, sino con irreprimible terror a la «peligrosidad» del preso.

Las fuerzas de Franco llamaban imperativamente a las puertas de Madrid y la simple milicianía consideraba a José Antonio un rehén importantísimo en la hora inextinguible de la derrota.

Los comunistas, obedientes a consignas de remota procedencia, no querían saber nada de esto. En mítines y periódicos excitaban

constantemente al exterminio de la Falange y de su jefe. Azuzaban a los anarquistas con un razonamiento mortificante: «La vida de Primo de Rivera es la garantía de la del hijo de Largo Caballero.» Esto no podía ser; el líder socialista no tenía derecho a sacrificarse por ello, su quehacer público anduvo siempre tan lejos de las abstracciones y las nostalgias, sin querer rendirse en momento alguno a las puras elaboraciones especulativas, que no sabían oír ni el borbotoneo de la sangre, ni el palpitante de la calle, ni el paso de la Historia.

Yo pienso que, acaso, la lección más viva, más humana y más concreta que podamos extraer de la magnífica y rápida trayectoria política de José Antonio—ya por siempre norma iluminada para todo español—sea la de su realismo implacable, la de su voluntad de servicio a la Historia, la de su humanísima manera de entender la acción y la teoría. Desde su nacimiento hasta su muerte por España, todo parece de una naturalidad casi milagrosa. Su sistema de pensamiento, sus claves de la acción, su capacidad de mando, su precisión dialéctica, aparecen co-

mo suaves indicaciones de su personalidad serena y juvenil, en el escenario arrebatado de la España confusa que quiso adiestrar para la recuperación de su gloria. Hasta la creación del mito en torno a su persona real, de carne y hueso, es tan naturalísima como el asunto y el fondo de un relato clásico. Y esto, precisamente, porque del fondo entrañable de su corazón fluía la recta actitud viril, como una madura e inexorable consecuencia, que no podía perderse ni entre las sirtes peligrosas de los ideologismos, ni entre los vapores cortinales de las nostalgias, porque todo su ser era un servicio permanente a las unitarias y católicas verdades de España. Y él pensó siempre que la empresa española no podía concederse el lujo de treguas, reposos ni paradas, ya que era como una gran pesadilla encendiendo el alma de los mejores españoles.

José María ALFARO

guardaban rigurosamente la prisión.

Habían pasado ya muchos meses del asesinato, y no obstante la escueta pero segura noticia de la ejecución, publicada en toda la Prensa roja, eran muy pocos los que creían en ella. Una serie de mentiras, urdidas sobre Dios por quién, suponían a José Antonio vivo, rescatado, escondido, «camuflado por Prieto», en un país extranjero, herido, convaleciente...

Pero los falangistas de zona roja habían preñado la amarga verdad consumada en el patio de la cárcel de Alicante. Poco a poco, recortes de periódicos y noticias al margen del hecho robustecían el trágico presentimiento.

Se supo, por ejemplo, la detención de Emilio Costa. ¿Qué significaba esto? ¿Por qué se comentaba? ¿Quién era Emilio Costa? «Es un rojo importante», decían. «El hecho está relacionado con José Antonio», agregaban. La acusación había sido hecha por la Secretaría de Guerra del partido comunista el mismo día 19 de noviembre. Las noticias aclaraban implacablemente: Emilio Costa era director de «El Día», un diario alicantino, y había publicado un artículo—un editorial—en favor de José Antonio, un artículo «dejando traslucir a la opinión pública comentarios y manifestaciones que ocasionan mala en los sentimientos antifascistas del pueblo, procurando ganar una acción de indulgencia a favor de Primo de Rivera a las masas antifascistas».

Tales eran los comentarios cuando llegó a nuestras manos, resobado y sudado, a punto de romperse por los dobleces, un ejemplar de «El Día» con el ya famoso artículo.

UNA LECCION DE SU RECUERDO

(Viene de primera página)

La noticia terminante sólo se hizo verdad, amarga y tremenda verdad, cuando los receptores «clandestinos» recogieron de las emisoras nacionales estas palabras de Raimundo Fernández Cuesta pronunciadas en Valladolid el 18 de julio de 1938:

«Porque, sabedlo bien, José Antonio, nuestro José Antonio, faro en los luceros con su Vieja Guardia, José Antonio se nos fué para siempre.»

Su emoción y su patetismo alcanzaron a todos.

Para los falangistas de zona roja este artículo fué una confirmación de la temida noticia; pero aun se abrían los pechos a la esperanza, aun penetraban como vientos de luz en el alma las pláticas mentiras de salvación.

La noticia terminante sólo se hizo verdad, amarga y tremenda verdad, cuando los receptores «clandestinos» recogieron de las emisoras nacionales estas palabras de Raimundo Fernández Cuesta pronunciadas en Valladolid el 18 de julio de 1938:

«Porque, sabedlo bien, José Antonio, nuestro José Antonio, faro en los luceros con su Vieja Guardia, José Antonio se nos fué para siempre.»

"OJALA MI SANGRE FUERA LA ULTIMA QUE SE VERTIERA EN DISCORDIAS CIVILES"

Valor humano del testamento de José Antonio

Por Raimundo FERNANDEZ CUESTA

No existe documento que nos aleccione más ni mejor sobre la calidad humana de José Antonio. Es éste espejo perfecto que sin la más leve deformación reproduce todos los matices de su modo de ser, sentir y pensar. Es autorretrato de valor incalculable y que, no obstante, ofrece siempre nuevos motivos de estudio y meditación. En su testamento, con la precisión y sencillez en él orgánicas, José Antonio va poniendo orden y claridad en cada una de las páginas del libro de su vida, pasándonos con calma y exhibiendo de tantas cosas, hubieran adivinado también el afán de las futuras generaciones por conocerle de manera auténtica.

José Antonio en el testamento se presenta como era: sin recatar ningún elemento de los que integran su personalidad, con sus virtudes y con sus defectos, los cuales se purifican al pasar por el agua lustral del público reconocimiento y de la confesión.

¿Qué fundamentales enseñanzas se derivan o se pueden derivar de ese humanismo de José Antonio? Muchas y diferentes. En primer lugar nos enseña a vivir y morir como hombres y como católicos. Fundador de la Falange y perfecto falangista, fundió la llama del ardor español que le quemaba con la de su sincera religiosidad, creando la fórmula que dará originalidad verdadera al Movimiento español: el realizar una revolución nacional sin olvidar la constante presencia de Dios en nuestros actos.

Nos enseña también a ser auténticos. A practicar lo que decimos y a no defender lo que no hacemos. Porque José Antonio, que supo unir el coraje a la dulzura, la vitalidad a la cultura, supo también hacer que sus palabras reflejasen con la transparencia del cristal la realidad de sus sentimientos y no caer en el pecado de hipocresía, que es además la peor de las retóricas, tuvo un estilo siempre sencillo, que, no obstante, subyugaba por estar acorde con la inimitable virtud humana, que es la sinceridad.

Nos enseña igualmente a apreciar el peligro, tratar de dominarlo y, si caemos en él, no perder la serenidad dejándonos arrastrar de la jactancia o vencer por el desfallecimiento. A valorarnos debidamente. Apreciando con mesura lo que realmente somos, lo que realmente hemos hecho, cuánto hay de mérito personal en nuestros actos y cuánto agregado por el azar, la fortuna o los actos ajenos.

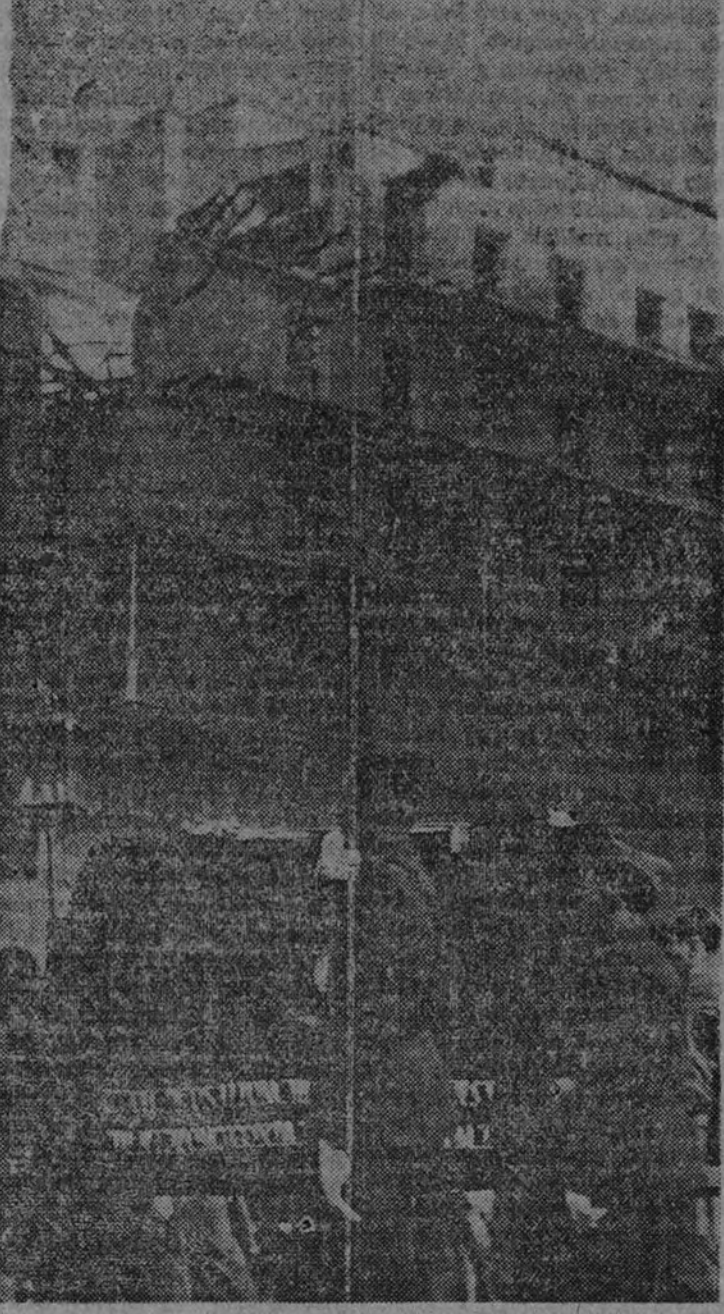
A envolver la vida y el trabajo con los hombres, de un ambiente cordial, de comprensión, de entendimiento, no de odios, exclusiones y egolatrías. Ni una palabra de rencor sale de sus labios; sólo dolor porque no se comprenden sus intenciones, por la sangre vertida en España, sin pensar en la que él iba a derramar. Ayer fue día de espada en un hogar sacro y militar como un cuarto de banderas, no podía faltar este profundo deseo de paz, que sólo puede forjarse

A amar la vida y defenderla, pero también a considerar la muerte como un capítulo de nuestra existencia terrena, real, inevitable para todos y voluntario acto de servicio para algunos, pero que siempre debe aceptarse con decoro y dignidad.

De la primera a la última línea, el testamento rezuma humanismo. Lo mismo en las declaraciones importantes del preámbulo que en las cláusulas reguladoras de su sucesión. Y es que José Antonio sabe llevar, incluso a los actos más banales de la vida, la norma y el orden propios de toda actuación humana. Es este valor del testamento, a nuestro juicio, el verdaderamente originario: los otros son derivados de él. Los frutos del árbol son buenos porque la raíz lo es. Lo sustantivo es la rara coincidencia de tan excelentes calidades en una misma persona. Ello atribuye a José Antonio una dimensión superior y le eleva a la categoría de ejemplo.

Por su voz había entrado una generación que quiso servir, no disfrutar, y que se ofrece consciente en sacrificio para redimir a las sucesivas del pecado de materialismo y vida fácil que las precedentes cometieron. Como aquellos antiguos nobles españoles que después de combatir en Mulhberg durante dieciocho horas al lado del Emperador únicamente pedían «más servicios» como recompensa a sus fatigas, así también José Antonio, alma nobilísima que había consagrado su vida extraordinaria a España, la quiere seguir sirviendo y presta el último servicio con su testamento, porque en él nos enseña, con escalofriante veracidad, cuál debe ser la manera de sentir y de pensar del hombre falangista.

José Antonio realiza en su testamento la esencia de la doctrina de la Falange, al adoptar, en momento decisivo para él, la actitud que correspondía según aquella. No olvidemos la lección y tengamos siempre presente tan alto ejemplo.



Su cuerpo, rescatado, desfiló por Madrid, a hombros de los soldados de la Victoria

PARA LA ANTOLOGIA HISPANA La ley del Testamento

Por Eugenio d'ORS

(De la Real Academia Española.)

Cuando se pensaba, no hace tantos años, en la unificación oficial de los textos destinados a la primera enseñanza, yo, que andaba en ello, tuve propósito de que el de antología de la prosa hispana se abriese, —fiel a aquel concepto imperial que asume épocas, naciones y hasta lenguajes distintos,— con algún fragmento de Séneca y se terminara, —puesto que parecía aconsejable el excluir a autores vivos,— con el Testamento de José Antonio. La calidad literaria de esta página le atribuya ya, en derecho, el valor propio de lo ejemplar. Pero, todavía, al precio venía a unirse la significación; a la clásica excelencia, la gravedad canónica. Una ley aparecía promulgada en el Testamento; hasta cierto punto, compensadora de la de Séneca y digna de entrar, con título igual al del senecismo, en la complejidad esencial de la tradición patria. Si, en ésta, se ha subrayado tantas veces la nota del heroísmo estoico, que supera el interés por la vida y la destruye, otra nota conviene, por fin, vindicar: la del heroísmo, que llamáramos latino de buena gana; el cual, bien habido con la vida,

sabe sin embargo coronarla, y la ennoblece.

¡Soplará la inspiración de esta nota con la brisa del mar, y, por excelencia, del mar aquel a cuyas riberas nació la filosofía de Vives y se quebró la existencia de José Antonio? Tentaciones me visitan de afirmarlo y cediera acaso a las mismas, de no turbarme oportunamente el recuerdo de Teresa de Ávila, tan razonable y cuerda como avisada siempre, en lo de unir cielo con tierra, virtud con eficacia y en lo del tránsito de Dios entre pucheros y afeite de la penitencia en términos de "graciosa y hasta jovial". Por Santos tenemos a los Mártires cuya inmortalidad testimonio; pero también, a Teresa la bien lograda, cuyo quehacer tuvo tanto éxito... En todo caso, hay pueblos que patrocinan simbólicamente Ulises; el cual si siquiera a la delicia de un cantar de sirenas cerró los oídos, pero que, ni siquiera tras de esa delicia dió un paso, lejos de la ley de su más til vertical; y otras gentes,—los ejemplos no son míos,—a estilo de Tristán y de Don Quijote, a cuyas empresas les toca el perder, porque ya secretamente

empujadas por una "voluntad de ruina", en cuyo efecto hallan, a la vez, condena y sublimación. "Perdedores" llamó a los tales la poetisa chilena Gabriela Mistral: su decir tuvo difusa resonancia y hasta se hizo pronto de él, romántico alarde. Pero, aunque en guisa de Mártir se inmola, José Antonio no fué un Perdedor. Como no lo era el poeta Juan Maragall, aquel que, en visperas de su muerte, rompió en un "Cántico espiritual", —respuesta, igualmente, en las Antologías imaginadas, a las "Copias" de Jorge Manrique, como lo del Testamento a Séneca,—donde, en el júbilo de reconocer la eternidad de lo sensible, él, autor digno,—sólo entre cuatro cinco, en el mundo,—de gloriar la Resurrección de los Cuerpos,—le dice a Dios: "¡Si este mundo es, ya, tan hermoso!"

El amor de José Antonio por la hermosura del mundo estalla en cada una de las frases del Testamento. En aquel tono arquetípico de dignidad sin énfasis, en que el estilo, manteniéndose, no obstante, fogado, renuncia a cualquier afectación ornamental. En aquella nobleza clásica, que evoca, más aun que los discursos de los oradores antiguos, la de aquellos otros que los oradores ponen en boca de los héroes. La lucidez, la templanza, lo sobrio, lo que llamaríamos imitación ética y jurídica de cada cadencia de la vida y de cada apostentamiento de virgula, muestran la aristocracia de un espíritu, sin perjuicio,—quizá, a favor,—de cierto relente de especificación profesional... Aquí hay "un hombre". Pero, también, muy característicamente "un letrado". Al devoto de la Obra-Bien-Hecha, de la estética en la perfección y de la moral en los oficios, esto ha de entusiasmarle.

Un supremo imperativo de belleza asistió a la víctima en el sacrificio. Un gusto por la forma, un respeto ideal por las jerarquías inermes, "umísimamente declara que, bien que no haya poder contra el espíritu, la plena realización del espíritu se encuentra cuando su fructificación en poder. "Hubiera preferido vivir con fruto a sucumbir con lauro." ¡Cuán lejos nos hallamos de aquellas "frases famosas" del "esteticismo racial", del "ascetismo barroco"! ¡Cuán más lejos aún de sus secuencias, derivaciones y simulaciones periodísticas y parlamentarias! Las escuadras se mandan aquí contra los hombres, pero también, ¡no faltaba más!, contra los elementos. Se apetece la honra, pero se sabe que no hay honra entera, si se pierden los barcos. La palabra del que va a morir, puede pasar del Testamento a la lápida; pero no puede pasar al latiguello.

De cara a la muerte, José Antonio testimoniaba, a la vez que de su adhesión a la vida, de la gentileza elegante de esta su vocación. Su anhelo no era un apetito. Su fortaleza no era una adustez. Moría más bien, en cierto sentido, con el desdoble irónico de un Sócrates que con la entereza fanática de un Séneca... Y esta es la ley del Testamento.

ma—escribe— a cuantos me hayan podido dañar u ofender, sin ninguna excepción; y ruego que me perdonen todos aquellos a quienes deba la reparación de algún agravio, grande o chico." Indudablemente, José Antonio era digno de morir por España cara a Dios. Fué arrebatado en su juventud colmada y breve. Para él, morir fué ganancia. Un acto de servicio. Por eso creemos que murió dignamente, decorosamente, en el gozo de Dios y en la gloria de España. Un morir digno honra toda la vida. Una vida digna es merecedora de una muerte honrosa, gloriosa y ejemplar. Toda la ciencia está en saber morir.

El dolor que persiste

Por Ismael HERRAIZ

Amí lo que más me duele es la persistencia del dolor de José Antonio. Cuando la despierta valentía de su sangre dicta, ya en trance mortal, aquel testimonio, que será, mientras el sol alumbré, a nuestras vidas el código de la moral y del honor falangistas, el alma del reo, convicta y confesa de sus ilusiones, se detiene frente a la implacable negativa del enemigo. «Me asombra,—escribe— que, aun después de tres años, la inmensa mayoría de nuestros compatriotas persistan en juzgarnos sin haber empezado ni por asomo a entendernos y hasta sin haber procurado ni aceptado la mínima información.»

El tiempo presente y su drama han puesto en el pulso del hombre muchas y muy amargas definiciones; ni siquiera un respiro de esperanza parpadea sobre el misterioso porvenir, y en millones de hogares de Europa gentes enlutadas hablan bajito de la muerte. Decir que España es uno de los escasos remanentes de la vida es casi ya no decir nada, e incluso por piedad hacia el dolor ajeno es mejor que nada se diga. Quisiérase aceptar o no el milagro de nuestra paz, ando impalablemente por los aires a lomos de unas razones que van y vienen desde la fecunda piedra de El Escorial a la serena y castellana melancolía de El Pardo. Si José Antonio había de su vida la postrera ofrenda de la discordia, ¿qué sacrificios no hubiera levantado sobre su corazón para evitar que la sangre española se perdiera en los campos confusos de una batalla ajena a la mayor parte de nuestras ilusiones? De las manos de una capitán falangista recibe el nuevo y heroico capitán, como en un secreto relieve, este infinito anhelo de paz.

En España—el hecho seguramente podría referirse al mundo entero—, las mejores y más altas estirpes militares han estado siempre contra la guerra. Hace muchos años Benoit-Méchin presentó, en una documentación interesantísima, esta pacífica y universal intención de las manos que sabrían en su momento esgrimir con honor y hombría la espada. En José Antonio, nacido en un hogar sacro y militar como un cuarto de banderas, no podía faltar este profundo deseo de paz, que sólo puede forjarse

con un alma y un valor de hierro. En Franco, escultido humano y gloriosamente por la guerra, la neutralidad española habría de darse como un fruto natural y permanentemente acariado. Ante el sangriento juego de Europa, y frente a todas las mutaciones beligerantes, el Caudillo español—con razón ha podido proclamarlo recientemente—jamás pensó en echar su cuarto a espadas.

Todas estas evidentes circunstancias, que han dado por resultado una de las épocas más energías, pacíficas y creadoras de nuestra Historia, podían haber ofrecido—y por su parte la han ofrecido—una ocasión singular para el entendimiento de la Falange. Dolorosamente se comprueba que aquella desazón que hacía vacilar el paso tranquilo con que José Antonio marchaba hacia la muerte, persiste en grandes zonas enemigas e incluso penetra, por ósmosis rencorosa, en antiguos sectores de la alianza. El dolor de José Antonio fluye aún con una acusatoria vigencia frente a los olvidados y frente a los implacables. Un dolor que es todavía más patético porque no brota de la debilidad, sino de la fortaleza; una angustia que no reclama nada y que está dispuesta a entregar todo. El régimen español, convencido de su propia dimensión y densidad, agota todos los arrebatos para la convocatoria a la unidad. No existe democracia alguna en la que el pueblo amigo o enemigo sea requerido de una manera más requerible y humana. Hoy mismo la Prensa recoge una información oficial en la que se declara que a las puertas de nuestros edificios diplomáticos en el extranjero no se pregunta a nadie su filiación política, sino la constancia de su buen deseo y de su buena sangre española. Nos gustaría saber si los exilados políticos de Moscú, e incluso los de otros países católicos, llaman con tan segura confianza en las puertas de sus Embajadas.

Pero actualmente el dolor de José Antonio, que entonces se enmarcaba en un ámbito de cosas puramente nacional, desbordaba también sus reproches hacia el mundo exterior. Durante ocho años un Estado, que tuvo que abrirse paso sobre una delin-

cuencia siniestra, ha expuesto a la luz del día la verdad de sus llagas, de sus martirios y de sus indescriptibles sacrificios. Las huellas de una criminalidad sin confines, cuya simple comprobación habría hecho estremecer de horror a la última tribu africana, han estado y aun permanecen expuestas a cualquier mente de buena voluntad que quiera pedir expedientes y conocer ficheros y camposantos. Se trataba del drama escrito sobre uno de los suelos más prestigiosos de la tierra y con una de las sangres más preclaras de la Historia. El eco de nuestro dolor no traía generalmente más que ignorancia, reproches o mala fe.

Y luego ofrecimos el espectáculo de nuestra paz. Sobre la pleamar de nuestra lucha, las conciencias—y no por culpa nuestra—salieron a flote con sus simpatías y con sus recuerdos. Ninguna forma de sentimentalismo pensó en saltar la incuestionable frontera de la neutralidad. A esta situación de hecho y de derecho se respondió con el examen apresurado de las aparentes semejanzas políticas con esta o la otra latitud, «sin haber procurado ni aceptado la mínima información». Al- gún político europeo, aun sin caer tampoco en diferencias toda- vía más profundas, reconoció que el régimen español había ceñido su vida a su propia tarea de reconstrucción «y había dejado a los demás en paz». No quislo agregar, sin duda por esa falta de información que se situó frente a la vida española, que les habíamos dejado en paz, porque la paz es un fundamento y sustancia de nuestra empresa política.

Este aniversario de la muerte de José Antonio renueva un poco en la Falange aquel dolor. Yo creo, sin embargo, que lo renueva sobre una esperanza. No se me ha ido jamás del corazón una ilusión que ya se va haciendo vieja. Pienso que un día, acaso ante la piedra de El Escorial, pudiera darme cita con quienes arrebataron de mi lado hermosas vidas familiares y con quien acertó sobre el combate a llevarse una parte muy grande de mi juventud. El latido que se alce sobre la piedra me entrará en el alma como una ola cuando pueda decir: «Ya nos entienden y ya nos entendemos. Verás...»

SABER MORIR

Por P. Felix GARCIA

El testamento de José es un fragmento de extraordinario interés psicológico, que por sí sólo nos bastaría para poder definir y adivinar la vida y el pensamiento del hombre si no tuviéramos otras referencias y datos. Este testamento nos da la medida del hombre, la imagen exacta de José Antonio, su retrato vigoroso, trazado en unas horas de sinceridad suprema, cuando no se miente, porque Dios está más a la vista.

En este documento, tan sobrio, tan cristiano, tan sereno, escrito en unas horas en que más bien la vida y el pensamiento parecen estremecerse desde sus raíces más hondas y ponen su desconcierto hasta en los ángeles más templados, José Antonio se nos entrega, se nos devuelve y perpetua con trazos perfectos, como él era, con su estilo, con su personalidad definida, con su elevación de pensamiento, con su entrañable dedicación a España y su profundo sentido cristiano de la vida. Y de la muerte también.

Si una muerte digna basta para embellecer toda una vida, ¡qué muerte tan ejemplar la de José Antonio! Y ¡qué causa tan alta por la que él mereció, con merecimiento cristiano y civil, esa muerte, esperada con decorosa conformidad—son sus palabras—y ofrendada por lo que pudiera tener de sacrificio! Pero es que en el caso de José Antonio su muerte fué la lógica de su vida. El, con su vida, con su juventud apretada y llena, estuvo mereciendo, ganando una muerte, que era la culminación de una vida. Saber merecer para saber morir: ese es el gran secreto para que el morir sea realmente ganancia y conquista. Es lo español: perder para ganar sin mengua, con suprema dignidad y con inteligente y no disputada ganancia.

El había dicho muchas veces que la muerte era un acto de servicio. No hacía entonces una frase retórica. Expresaba lo que era un postulado de la vida militante. Otros le precedieron en el noble servicio del morir con dignidad, por algo que vale más que la vida, no en la vulgaridad de dejarse morir en la ineficacia y en la infelicidad. No iba a ser menos el Jefe que el soldado. Si él concitó a la lucha y al sacrificio, supo ir delante en el sacrificio y en la lucha. Sus palabras no eran palabras al

viento; eran expresiones vivas de actos y realizaciones. Palabras de caballero, para ser cumplidas. Y ¡con qué noble decoro supo él cumplirlas! La lectura de su testamento renueva, en el que lo lee con el espíritu limpio, una viva emoción y una inquietud honda. Se lee esa página admirable, transida de espíritu cristiano y de noble serenidad, y se siente como una ráfaga de aire de altura. Y, a la vez, levanta un vuelo de meditaciones y de recuerdos del espíritu y nos incita a exigirnos más, a elevar más la mirada y el pensamiento, a medir toda la responsabilidad de un momento dramático que no debe esterilizarse lastimosamente en la mezquindad, en el doble juego, en la inconsciencia.

El testamento de José Antonio, literariamente es un fragmento perfecto, de clásica transparencia. Parece inverosímil que en esa hora trémula que precede a la partida, de la que no hay retorno, se pueda mantener ese equilibrio, esa serenidad, ese dominio de su pensamiento y de su pluma, exacta, precisa, sin un ríspido, sin un golpe de efecto, sin un asomo de patetismo retórico. No hay ni un desorden, ni una alteración en su pensamiento ni en su estilo. Dice lo que tiene que decir sin un titubeo. Va a comparecer ante Dios. Por eso es tan sincero y noble lo que tiene que decir a los hombres.

En esa hora, de cara a la eternidad, ni se finge, ni se miente. "Condenado ayer a muerte—dice—, pido a Dios que, si todavía me es darme a conocer a ese trance, me conserve hasta el fin la decorosa conformidad con que lo preveo, y al juzgar mi alma no le aplique la medida de mis merecimientos, sino la de su infinita misericordia." De la lectura de su testamento se desprende un cálido valor de humanidad, una gran lección de ascética cristiana. El sabe que va a morir, que se ha ganado la muerte, y que con la lógica atroz del crimen tiene que morir. "Aunque no es grato morir a mi edad—dice—, espero la muerte sin protesta ni jactancia." No quiere reputaciones póstumas de héroes. Va sencilla, decorosamente, a la muerte. Con dignidad de hombre. Ya le han precedido otros en el sacrificio. Lo que importa es que España se salve y se recupere. Y que no sea infundada la sangre de los

que en un acto de servicio por España supieron morir en las avanzadas. "¡Ojalá—dice— fuera la mía la última sangre española que se vertiera en discordias civiles! ¡Ojalá encontrara ya en paz al pueblo español, tan rico en buenas cualidades entrañables, la Patria, el Pan y la Justicia!"

Hay también en este testamento un valor moral, una emoción contenida. En esa hora decisiva siente la responsabilidad de sus actos, como hombre civil. Más fácil le hubiera sido callar. Pero tenía el deber de hablar. Sus palabras y su ejemplo han arrastrado a muchos al sacrificio y al deber. El, es cierto, ha sido el primero en el coraje y en dar el pecho a las balas y al insulto. Jamás se ocultó. De ahí su fuerza y su ejemplaridad. Su vida fué una vida llena de consecuencia. Fué un acto de servicio. Hasta última hora mantuvo con dignidad su convicción, como un hombre de honor que con honor comparece ante Dios. Amó ante todo la claridad. Aquel cerebro tan claro, tan orgánico, tan despierto, se ensanchó en aquella hora suprema. En sus palabras no hay un reproche. No hay lugar más que para la oración y el vuelo del espíritu.

Pero la nota culminante de este testamento es la nota cristiana y religiosa. José Antonio era enteramente religioso. Muchas veces había dicho en alta voz, sin la menor reticencia, que lo preferente en la vida es lo religioso, lo espiritual. Que España le debía todo a su sentido católico de la vida. Le llegaba el momento de confirmar de una manera solemne, gozosa y dolorosa, sus palabras con su conducta. "Deseo—dice—ser enterado conforme al rito de la Religión Católica, Apostólica y Romana, que profeso, en tierra bendita y bajo el amparo de la Santa Cruz." Pide a Dios que acepte su muerte en lo que "en ga de sacrificio" para compensar en parte lo que haya habido de egoísmo y vano en mucho de mi vida". Así habla el cristiano convencido de su fe y con la confianza puesta en Dios.

Pero el signo más inequívoco de un alma bien dotada, profundamente cristiana, capaz de todas las generosidades, es el perdón; el perdón amplio, sin reservas, como el de Cristo en la Cruz. "Perdóno con todo el al-

